

**III CONCURSO INFANTIL DE RELATOS  
CORTOS "GRUPO ITEVELESA"**

**POR EL MAR**

Se había enfadado con sus padres y decidió hacer lo que más le gustaba. Llamó a Tim para que subiese con él al barco. Su perro nunca se enfadaba con él y siempre venía contento cuando le llamaba.

Soltó la cuerda que le ataba al muelle, arrancó el barco y se fue. Sin mirar atrás. A sus padres les daría igual si no volviese. Todo el día le estaban riñendo y ya estaba harto. Si el profesor de Lengua le suspendía no era culpa suya, le tenía manía y sus padres no le creían. Además, para qué quería él estudiar lengua. Él quería ser marinero, como lo había sido su abuelo y para eso no necesitaba saber cuál era el sujeto ni el predicado en una frase. Necesitaba saber de las corrientes, de las mareas, de las estrellas, de los mapas, etc. Pero sus padres no le entendían y tampoco le escuchaban.

Tim movía el rabo cada vez que una ola se acercaba al barco. Su abuelo le había enseñado todo lo que tenía que saber del mar de su pueblo y de los pueblos que había cerca. Pero ese día se dijo que quería ir más allá del faro. Nunca le habían dejado, su abuelo le decía que después del faro el mar cambiaba, pero Juan estaba tan enfadado que les quería demostrar a sus padres que ya no era un niño, que podía valerse por sí mismo sin que le dijiesen todo el rato lo que tenía que hacer.

En cuanto pasó la línea del faro su barco se movió fuerte y Tim ladró asustado, pero en cuanto le acarició entre las orejas el perro se tranquilizó. Siguió rumbo al oeste con la frase de su padre dándole vueltas en la cabeza y cuando se dio cuenta, el sol estaba desapareciendo y la oscuridad cada vez era más grande.

Estaba cansado y quería dormir así que sujetó el timón para que se quedase fijo el rumbo y decidió dormir un rato. Sabía que Tim estaría alerta si se acercaban a otro barco o a algo extraño. Aunque estaba enfadado consiguió dormirse rápido.

Tuvo unos sueños feos y raros, pero el ruido del motor le daba más sueño cada vez que se despertaba.

Al día siguiente el sol y los lloriqueos de Tim le despertaron del todo y le pareció que algo raro pasaba. No sabía qué pero había mucho silencio.

¡Claro! ¡ya sabía lo que era!. No se oía el ruido del motor.

Se levantó de un salto y corrió hacia él.

Estaba parado. Intentó arrancarle, pero no funcionaba. Volvió a intentarlo una y otra vez pero no lo consiguió. Empezó a asustarse. Cuando había ido con su abuelo nunca se había roto el motor y no sabía que tenía que hacer. Tampoco sabía dónde estaba. Miró por todas partes y no veía tierra por ningún lado.

Ahora sí que se iban a enfadar sus padres. No sabía cómo iba a volver. Notaba que el barco se movía por la corriente, pero no sabía a dónde les llevaba.

Se abrazó a Tim y deseó con todas sus fuerzas cruzarse con algún otro barco para que les pudiese ayudar.

Pasaron cuatro días y no se cruzaron con nadie ni vieron tierra nunca. Tenía hambre y eso que había pescado varios peces. Se acordó del libro que les habían mandado leer en el colegio "Robinson Crusoe". Igual a él le pasaba lo mismo.

Ya llevaban muchos días así. Le costaba llevar la cuenta. Una noche Tim ladró mucho y cuando fue a ver qué pasaba se encontró con que estaban rodeados de plásticos, tantos que parecía que no había agua, sólo plásticos.

Cuando amaneció pudo ver que la corriente les arrastraba a ellos y a los plásticos hacia ¡UNAS ISLAS! Por fin tierra. ¿Qué islas serían? Eran tres que formaban un triángulo y la corriente les llevaba al centro de ese triángulo.

Pudo soltar el ancla y bajaron a la playa. No se veía a nadie por ningún lado y se pusieron a explorar. Caminaron mucho y nada, no vieron a nadie.

Así pasaron muchos días y se dieron cuenta de que estaban solos. Ellos y los plásticos. Parecía que las islas atraían hacia ellos todos los plásticos del mar.

También se dio cuenta de que su barco cada vez se veía menos, parecía que se le estaba tragando toda aquella basura de plásticos. Intentó acercarse a él y

sacar todas sus cosas. Ya apenas había agua entre ellos y el barco. Iban andando por los plásticos. Era como si hubiese un embudo que atraía todo hacia abajo.

Para poder pescar se tenía que ir al otro lado de las islas, a mar abierto, porque en el centro no había ningún pez. Era imposible que pudiesen vivir con tanta basura.

Utilizó algunos plásticos grandes para construirse una cabaña y para ir guardando el agua del río que había en una de las islas. Tenían muchos árboles y Juan se preguntaba qué islas serían. No recordaba haberlas visto en ningún mapa de los que le habían enseñado. Decidió llamarlas Islas Trio Verde.

Perdió la cuenta de los días que llevaban allí. No sabía si alguna vez le iban a encontrar. Estaba triste y deseaba con todas sus fuerzas ver a sus padres. Que tonto había sido enfadándose con ellos. En cambio Tim parecía feliz. Corría por las islas sin preocuparse de nada.

Un día que estaba pescando Tim empezó a ladrar mirando hacia el mar. Juan miró en esa dirección y le pareció ver un barco que estaba muy lejos. Gritó y gritó pero era imposible que le oyesen. Tenía que hacer algo para que se diesen cuenta de que estaban allí. Corrió lo más rápido que pudo hacia el centro de las islas, donde tenía sus cosas y decidió hacer fuego para que el barco les pudiese ver. Pero tenía que ser un fuego muy grande. ¿Qué podía quemar? En un momento se dio cuenta...LOS PLASTICOS.

Cogió el mechero y lo acercó a unos pequeños que estaban en la orilla y parecían secos. Pronto se empezó a levantar un humo muy negro.

Por favor, por favor, que vean el humo pensó. Corrió otra vez hacia el otro lado de la isla para ver si el barco giraba en su dirección. A su espalda el humo cada vez era más y más negro y mucho más grande.

Pensó que no lo iban a ver, el barco seguía su rumbo, no cambiaba. Se abrazó a Tim llorando. No les iban a encontrar nunca. Ya no aguantaba más, quería irse a casa. Pero cuando se secó las lágrimas y levantó la vista le pareció que el barco se estaba acercando. No se lo podía creer. Sí, se acercaba. Estaban salvados.

Cuando volvió a ver a sus padres les abrazó tan fuerte que casi le tienen que cortar los brazos para soltarle. Prometió que nunca más se iba a enfadar con ellos y mucho menos marcharse sin decir a donde iba.

Estuvo días contándoles cómo había sido su vida en las que él llamaba Islas Trio Verde. En tratar de explicar cómo el centro de las tres islas atraía los plásticos y se acumulaban unos encima de otros. En decirles que le daba mucha pena ver cómo los peces y demás animales marinos no podían nadar ni vivir con tantos plásticos.

En clase les habían hablado mucho de ello, pero no pensaba que el problema era tan grande hasta que lo había visto con sus propios ojos.

Pasaron muchos días y Juan no podía dejar de pensar en lo que había vivido. Ahora no se atrevía a salir a navegar. Se aplicó en los estudios para que sus padres no se volvieran a enfadar con él. Sus profesores también le preguntaban por su aventura y el profesor de ciencias le hacía muchas preguntas sobre cómo era el centro de las islas y cómo era eso de que atraía los plásticos.

Pasaban muchas horas juntos y a Juan cada vez le gustaba más pasar las tardes con él. Le gustaba ver cómo disfrutaba intentando entender por qué ocurrían las cosas. Incluso fue a ver sus islas, pero Juan no le acompañó.

Le seguía dando miedo salir a navegar, pero seguía amando el mar y gracias a su profesor de ciencias cada vez quería saber más y más cosas sobre él.

Con el paso del tiempo se dio cuenta de que ya no quería ser marinero. Ahora quería ser inventor, científico o como quisieran llamarlo. Y lo que quería inventar era una máquina que atrajese, como atraía el centro de sus islas, los plásticos del mar. Quería que el mar estuviese limpio y nunca ningún animal tuviese que sufrir por culpa de que los hombres tirasen basuras.

Así, con su profesor, se dedicaron a estudiar y crear la máquina aspiradora de plásticos que se podía poner en plataformas flotantes y limpiaba el mar.

Tras años de pruebas y estudio lo consiguieron. Sólo faltaba poner nombre a las máquinas y que les dejaran ponerlas en el mar. Lo primero lo tenía claro. Se llamarían I.T.V porque fueron sus Islas Trio Verde las que les dieron la idea y las que hicieron que Juan viviese la aventura de su vida

Después de convencer a la gente para que les dejaran poner las plataformas flotantes por todos los mares del mundo y de que empezasen a funcionar, el mar cada vez estaba más y más limpio y Juan no se podía sentir más contento.

Además la gente cada vez se daba más cuenta de que no había que tirar basura al mar.

Pasó el tiempo y Juan se casó y tuvo hijos. A sus hijos les encantaba escuchar la historia de cómo su padre sobrevivió en tres islas que formaban un triángulo que atraía los plásticos.

Todas las noches le hacían contar historias de las islas. Unas de verdad y otras inventadas porque ya no sabía qué contar de tantas veces cómo lo había hecho.

Les prometió que un día les enseñaría sus islas y se llevarían a su perro, que no podía ser otro que el hijo, del hijo, del hijo de su fiel Tim.

Los mares del mundo se limpiaron y pudieron dejar sólo algunas I.T.V porque, aunque la gente ya no tiraba tantos plásticos al agua, siempre quedaban algunos.

Ningún animal marino volvió a morir por culpa de los plásticos y Juan sintió que todo había valido la pena. Los largos días en sus islas y lo mal que lo había pasado. Lo triste que se sentía cuando creía que nunca le iban a encontrar.

Todo le había enseñado. Todo le había cambiado y él había podido ayudar a que el mundo fuese mejor.